

Miriam, antes de irse a dormir tras toda la noche en vela, se mira en el espejo y por primera vez en su vida nota en su rostro un asomo de satisfacción al estilo de la Gioconda.

El Mono Liso, así había titulado su novela.

El protagonista sería un psiquiatra comiendo cacahuetses y haciéndose pajas entre paciente y paciente, todas ellas jovencitas depresivas.

Cada una contaría sus penas capítulo tras capítulo.

Él representaría a Dios.

Al fin y al cabo la psicología siempre le había fascinado, y había leído cuantos libros y revistas habían caído en sus manos.

Además conocía los testimonios de su amiga Marta, que cuantos más años de terapia llevaba, peor estaba.

Era como si el hecho de humillarse semana tras semana frente a un tipo barbudo la convirtiera en una víctima profesional.

Y todo gracias a un comentario de Freud diciendo que la Gioconda expresaba una preocupante masculinidad, cuando lo único que prodría resultar preocupante sería su serenidad.

Había leído numerosos comentarios crueles y humillantes sobre la modelo, incluso que se trataba del propio pintor; pero ése había sido el que más le había dolido por resultar evidentemente misógino.

Muchos afirmaban eso de Freud, y sin duda no se equivocaban.

Seguro que todas y cada una de sus disparatadas teorías lo eran, como ésa de que todos los niños estaban locamente enamorados de sus madres, como si no hubiera más personas para amar en el mundo.

Si aquello tenía sentido era porque la mayoría de las mujeres, a falta de otra cosa, se aferraban primero al matrimonio y luego al amor sus hijos varones cuando sus maridos no les hacían ni caso.

Al final todo lo que había leído sobre psicología comenzaba a resultarle útil.

En su caso estaba claro que su madre, por haberse pasado la vida encerrada en casa, había tratado de realizarse a través de sus hijas, lográndolo, cómo no.

Así, a falta de un niño, ambas resultaban, como diría Freud, preocupantemente masculinas.

Aunque ella no llegaba a parecer un camionero de camisa a cuadros como su hermana, también había trabajado duro toda su vida para compensar la insatisfacción vital de su progenitora.

La esclava de una esclava, eso es lo que somos las mujeres, esclavas del señor, de los hombres.

Por ese motivo la masculinidad se mostraba siempre serena y satisfecha como el rostro de la enigmática figura de Da Vinci.

Aquel era sin duda el código secreto que ocultaba el retrato.

Daba igual que se tratara de monjas o seglares, pues los comportamientos eran idénticos.

Ellas siempre sufriendo, mientras eso a ellos les producía un delicioso regocijo y una enorme excitación.

La humanidad era así.

Las cuestiones nacionales, políticas, sociales y religiosas, apenas importaban.

Al fin frente al espejo deja de ver una extraña, una especie de monja, y se encuentra a sí misma, una mujer inteligente y satisfecha de su propio pensamiento.

De ahí a convertirme en una gran escritora existe un corto camino que estoy dispuesta a recorrer, se dice mirándose de reojo en el espejo.